

Rafael Ramírez Heredia

El toro negro de todos los días

Joaquín-Armando Chacón

LA SONRISA DEL RAYO MACOY

No supo por qué, quizá lo escuchó alguna vez en la colonia Del Valle, dentro del cine Moderno en Mier y Pesado frente a los billares Sucre donde iban los cuates ésos que luego se les notaba que eran muy de acá; en ese cine donde uno de ellos, Solís, se burlaba recitando en voz muy alta, casi a gritos: ¡diez rauns, diez, en esta esquina el Jaibo Martínez y en esta otra el maravilloso esteta Rayito Macoy!, y alargaba la i griega hasta que la voz se le botaba de la garganta...

Así comienza el cuento “El Rayo Macoy” con el cual Rafael Ramírez Heredia obtuvo en 1984 el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo de París y con ello, poco después, las puertas abiertas de la Editorial Joaquín Mortiz que durante años don Joaquín Díez-Canedo, auxiliado por Bernardo Giner de los Ríos, se abocó con excelente criterio y ojo editorial a dar a luz lo más importante de la literatura mexicana de ese tiempo. Y con esa colección de cuentos cuyo título era precisamente *El Rayo Macoy*, a Rafael Ramírez Heredia le llegó el reconocimiento de la crítica literaria sería de entonces y el asombro de aquéllos que pertenecen a los diversos grupos de halagos mutuos y con su falta de criterio y desinterés por la verdadera literatura mexicana sólo reflejaban esa mezquindad carnívora, ciega y pusilánime que les ha impedido dar noticia de las nuevas corrientes y de los caminos que abren los verdaderos escritores de raza, de casta.

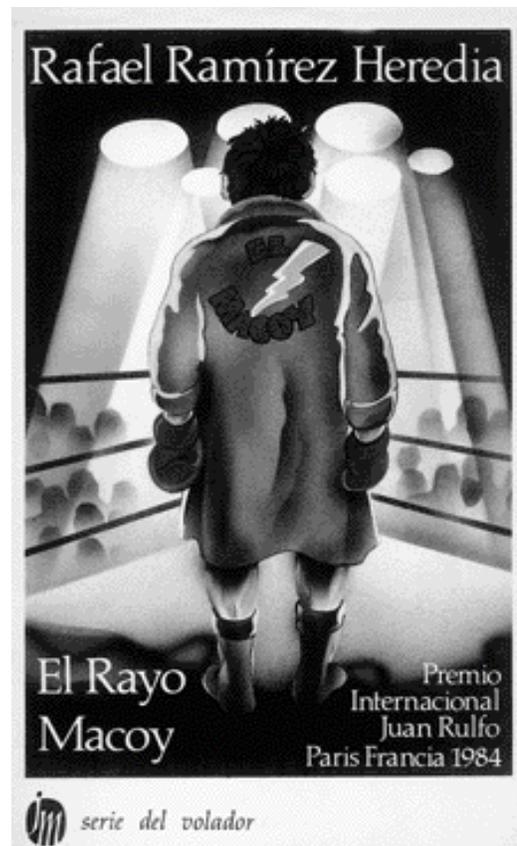
Pero también Ramírez Heredia consiguió un apodo más con el cual lo nombraban sus amigos y muchos de sus entusiastas lectores que, desde esa fecha, fueron aumentando. Podemos imaginar la sonrisa noble y satisfactoria del buen compadre al recibir la noticia de ese premio. No era el primero que recibía su esfuerzo, su dedicación y su talento a la profesión a la que le entregaba primordialmente el alma, pues ya anteriormente le habían otorgado el Premio Nacional de Novela por *El lugar de los hechos*. Sí, podemos imaginar esa sonrisa, se la vimos muchas veces después y con ella nos contagió su alegría de vivir, su afán de compartir, su lucha por ser y seguir siendo. Sí, pero esa sonrisa primera, que sólo imaginamos, era íntima, hacia sí mismo, secreta y dedicada a las mandadas frente a los ojos del toro bravo de la máquina de escribir, en su búsqueda de un estilo propio que él sabía, estoy seguro, había llegado a dar sus frutos, porque el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo se lo avalaba. Pero también esa sonrisa pertenecía a un compromiso asumido a una vocación inquebrantable, a una soledad de volver cotidianamente a mirar los ojos de ese toro negro de la narrativa para allí seguir plasmando su visión del mundo, y para seguir con el capote y la espada en alto frente a la máquina de escribir dándole voz y orden a la infinidad de lectores por medio de sus textos, tramas y anécdotas donde algunos se veían reflejados en esos personajes y otros encontraban en ellos al portador de sus pensamientos.

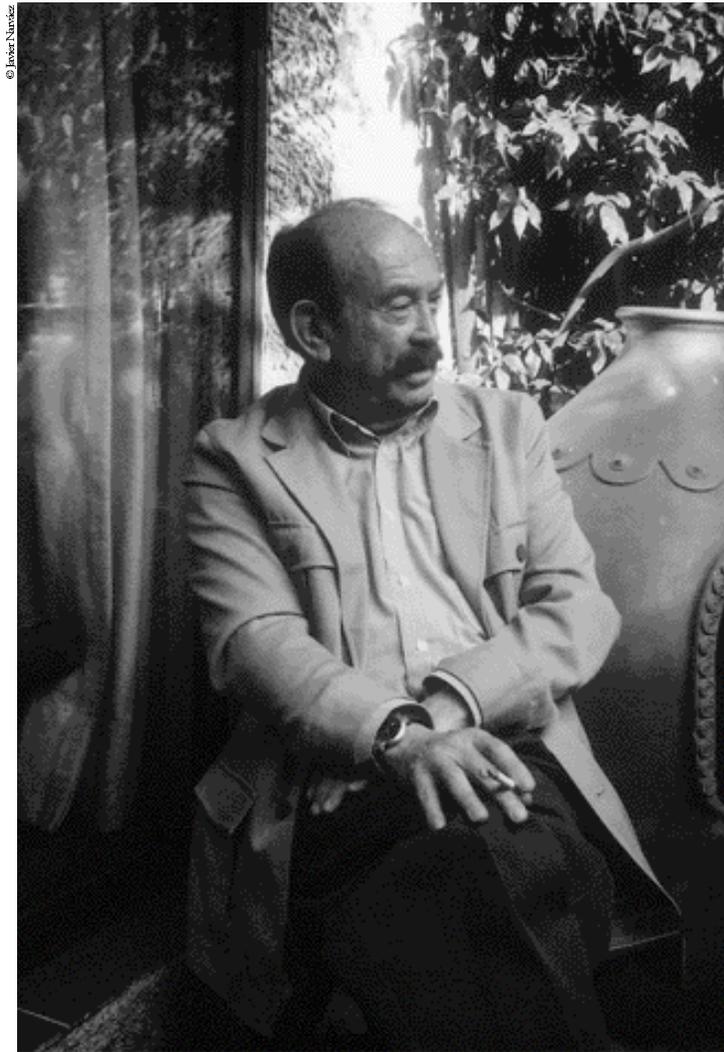
Fui uno de los primeros lectores que tuvo oportunidad de asomarse a las páginas de *El Rayo Macoy*, por la casualidad de ser, junto con Bernardo Ruiz y Lilia Oñorio, jurado de un concurso de libros de cuentos del INBA en ese año de 1984 y, entre el centenar de manuscritos recibidos, allí estaban esas páginas de un autor para mí entonces desconocido, y esas páginas tenían un ritmo vertiginoso donde el pasado y el presente se intercambiaban, se confundían e incluso rozaban el futuro por medio de un narrador que con voz firme nos susurraba una historia de lucha y de esfuerzo arrojada continuamente a la orilla de la desgracia: la historia de Filiberto Macario Reyes a quien le llamarían “Rayito Macoy”. Ese muchachito que trabajaba repartiendo en una bicicleta medicinas para los clientes de una farmacia de la colonia Del Valle. Pero a mitad de esas lecturas, Rafael Ramírez Heredia retiró del concurso su colección de cuentos porque “El Rayo Macoy” se había alzado allá en París con el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo. Sin embargo, me fue imposible abandonar la lectura de ese manuscrito, de las hermosas letras de doce puntos de la Olivetti, aún inédito pero ya envuelto en el halo mágico de una narrativa en la cual el girar de las ruedas de la bicicleta era como un símbolo del girar del tiempo y del cual brotaban las otras voces de los demás personajes opinando, metiendo su cuchara en la historia de ese “Rayito” que iba a ser campeón del mundo de los pesos gallo y recordaba a una Sofía Santos que se iba quedando opaca, lejana, allá en el pueblo de la infancia mientras él golpeaba ya el costal y la pera loca en el sudor del gimnasio. Y ya era “El Rayo Macoy”, sin diminutivos, el que se podía comprar un par de perros afganos llamados Montenegro y Capuleto para presumirlos, junto a la esclava de oro macizo en la muñeca, y con ellos la fortuna que ganaba como imán de taquilla en las arenas de boxeo, y la Sofía Santos seguía haciéndose lejana y opaca mientras él ya estaba en las puertas del espejismo de las falsas identidades y se encontraba con la *vedette* Tina Louis, quien detrás de su máscara sólo era Sabina Santoscoy y ni siquiera era güera. El Rayo Macoy a puñetazos le hacía pagar la falsedad, pues él era el verdadero retador al campeonato mundial del peso gallo y atrás estaba la bicicleta en la cual recorría calles y calles repartiendo medicinas, pero con la ambición de encumbrarse a lo alto y salvarse de la desgracia y las ruedas de la bicicleta y el tiempo seguían girando mientras él conquistaba al público selecto de Los Ángeles California noqueando al negrito Wilfred. Y compraba la casaca en el Pedregal, muy mejorcita que la que se hizo Pedro Infante, y donde su jefecita iba a ser la reina, pues hasta tenía un administrador para su carrera boxística, don Arturo Gomezreal, que del negocio ya sabía un rato largo. Y ya estaba rodeado de esos amigotes que lo

seguían a todos lados porque él, el Rayo Macoy, no se hacía rosca pagando el *cabaret* ni las cheves frías y el brandy Bobadilla y los viajes en el Grand Marquis rodando por el espejismo de la fama, pretendiendo dejar atrás los recuerdos de las calles recorridas en la bicicleta de los mandados y de aquella palomilla del barrio del cine Moderno donde alternaba con:

Los muchachos de copete afilado que lo miraban por encima del hombro y aunque se sentaba cerca de ellos, Filiberto se daba cuenta que lo ignoraban, que le tenían lástima por sus ropas ni siquiera limpias.

Y hacia adelante y hacia atrás nos va narrando Rafael Ramírez Heredia con sus retuécacos y albuces y sus diversos puntos de vista y diferentes voces esa historia del ascenso y caída del Rayo Macoy, hasta darnos cuenta que al leer ese cuento entramos en una espiral que nos lleva al final de un túnel donde Filiberto Macario Reyes se ha derrumbado definitivamente en el tobogán del espejismo y la jodondiez de la desgracia desde donde llora y pide alcoholizado *una bicicleta para dar de vueltas por todos los sitios tocando puertas y entregando los paquetes*, en un final del cuento como un latigazo que no concluye porque nos permite comprender el terrible futuro del personaje el Rayo Macoy...





Rafael Ramírez Heredia

EL ESCRIBIDOR

Rafael Ramírez Heredia siempre se llamó a sí mismo “un escritor”, y lo pronunciaba con sincera humildad, alguien que se robaba con impunidad las historias que iba pepenando por aquí y por allá, que tenía el ojo, la conciencia y la astucia para atrapar determinados conflictos colectivos y después llenarlos de imaginación con las palabras que le salían a borbotones de la máquina de escribir, rasgando con sus tramas la conciencia de sus lectores de la misma manera que penetraba la espada del torero en la piel y los interiores del toro para acabar la faena del ruedo. Y por ello no es de extrañar esa afición del escritor por la fiesta taurina y que de no haber sido engatusado por esa “soledad sin tristeza”, como él llamaba al hecho de sentarse a escribir, de seguro su vida hubiera sido la del torerillo que recorre plaza tras plaza y pueblo tras pueblo enfrentando al toro negro de la vida

para llegar a la Plaza Mayor. Pero en su camino de escritor, él ya pisaba la Plaza Mayor después de haber recorrido con éxito los senderos de la novela policiaca convirtiéndose en el irreverente detective Ifigenio Clausel, ése que salía de su oficina en la calle Aguayo del centro de Coyoacán para ir a beberse sus copas a La Guadalupeana y luego dedicarse a enderezar entuertos en las novelas *Trampa de metal* y *Muerte en la carretera* y haber pergeñado una gran cantidad de cuentos donde aparecen las carreteras que cruzan de lado a lado la provincia mexicana que tanto le atraía y respetaba homenajéandola. Y donde, como escribió Hernán Lara Zavala:

Existe en sus cuentos una enorme simpatía por aquellos viejos —cancioneros, marinos, poetas— que han logrado sobrellevar sus vidas con arte y con valor. En ese tipo de relatos Ramírez Heredia se revela como un escritor panteísta, en plena comunión con los elementos de la naturaleza y con el individuo humano.¹

(La suma de los cuentos de Ramírez Heredia, los de antes de *El Rayo Macoy* y los posteriores, de los cuales no merece ninguno, nos mostraría el rompecabezas completo de un narrador nato y atrevido que le dio un nuevo y vigoroso giro al género. Y sería muy interesante ver pronto la publicación de toda su obra cuentística para que en el futuro las nuevas generaciones reconozcan y estudien la labor de esa trayectoria ejemplar. Los editores tienen la palabra).

EL TORO NEGRO Y EL DRAGÓN ESCUPEFUEGO

Recuerdo particularmente la primera larga charla con mi compadre Rafael Ramírez Heredia, cuando apenas nos fintábamos acercamientos, como dos pugilistas midiendo la distancia y el temple de la amistad y la camaradería, esa hermosa palabra a la cual Rafael la supo dotar de un especial significado, y fue posterior a una reunión en La Bodega, cuando once locos, entre los que él y yo estábamos incluidos, nos reuníamos para ir pasando la estafeta de los capítulos a escribir de esa novela que es *El hombre equivocado*.² Quizás esa vez, por una rarísima ocasión, la reunión terminó temprano y al salir Ramírez Heredia me dijo que estaba con apetito de escuchar la música y las letras de esos boleros que tanto le gustaban y además conocía el sitio apropiado. Vamos a tomarnos una copa, una nada más, me dijo sin necesidad de insistirme. Era buena hora para un último ron, uno nada más, nos dijimos muy formalmente, y escuchar dos o tres bo-

¹ Rafael Ramírez Heredia, *Material de lectura, El cuento contemporáneo*, número 60, UNAM, México, 1989. Selección y nota introductoria de Hernán Lara Zavala y portada de Vicente Miguel Chacón F.

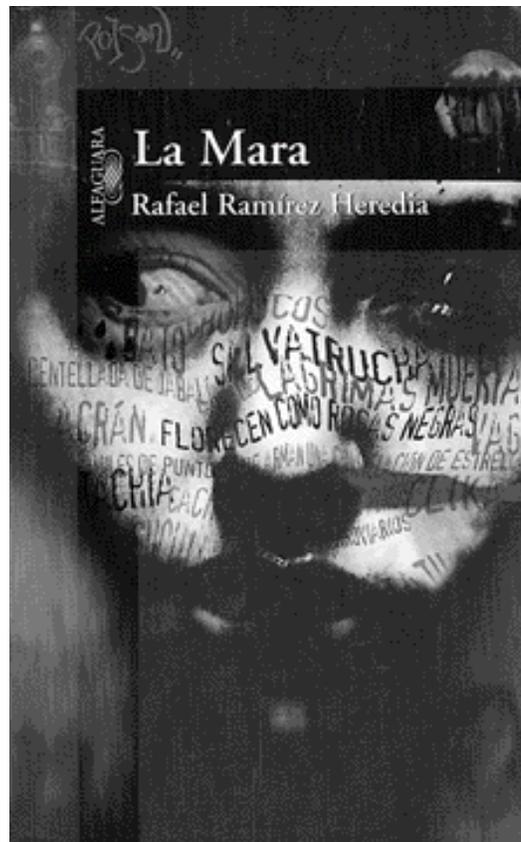
Rafael Ramírez Heredia poseía ese radar del escritor de casta, tenía esa cualidad de los grandes escritores.

leros o acaso cuatro, y claro que fuimos, faltaba más. El lugar ya no existe, allí estaba en lo que fue la glorieta de Chilpancingo, y allí nos sirvieron el ron bailoteando en los hielos duros mientras al fondo un trío se arrancaba con algo de Gonzalo Curiel o tal vez era una canción de Álvaro Carrillo o quizás alguna melancólica de Agustín Lara, no recuerdo, pero sí recuerdo que chocamos nuestros vasos al brindis de “A la salud de Papá Hemingway” y allí comenzamos a despepitarnos nuestros gustos literarios, a mencionar a Chéjov, a Malcolm Lowry y a Kerouac, a Rafael Bernal y a Jaime Sabines y a Tolstói y a Sergio Magaña y a Henry Miller y a Dostoievski, uno y otro citando escenas y páginas favoritas de Pavese, de García Ponce, de Martín Luis Guzmán, de Leñero, de Sherwood Anderson y los adjetivos de García Márquez y la otredad de Cortázar y la contundencia de Dashiell Hammett y la fría inteligencia de Raymond Chandler y nos olvidamos del trío aguardientoso de los boleros, pero continuamos con los ronones y la charla y los ronones hasta que agotamos la noche y nos avisaron de la hora de cerrar ese bar que ya no existe allí en ese lugar de Insurgentes, entre la Condesa y la Roma. Fueron los primeros múltiples ronones con Rafael Ramírez Heredia y a éstos siguieron muchos otros en muchos otros lugares y ciudades, en Tepic, Nayarit, en el norte de México, en el Estado de Morelos, en Morelia, Michoacán, en Xalapa, Veracruz, en la Ciudad de México, en tantas partes, como continuaron de tanto en tanto las charlas sobre nuestras luchas cotidianas y eternas, la de Rafael Ramírez Heredia frente a ese toro negro para faenarlo todos los días y para mí frente al dragón escupefuego que todos los días busco atrapar. Pero desde esa larga noche advertí la nobleza y la fina generosidad de mi compadre Rafael para comprender y saber ofrecerle a cada uno de sus amigos la compañía de sus intereses, y por ello sabía acomodarse en la piel de sus personajes que se fueron desplegando en sus posteriores cuentos y novelas como *La jaula de Dios*, *Los territorios de la tarde*, *Con M de Marilyn*, *Paloma negra*,

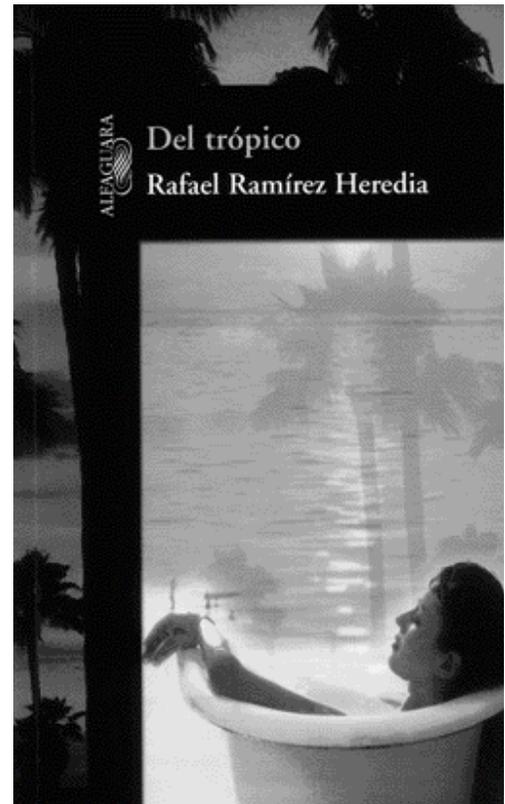
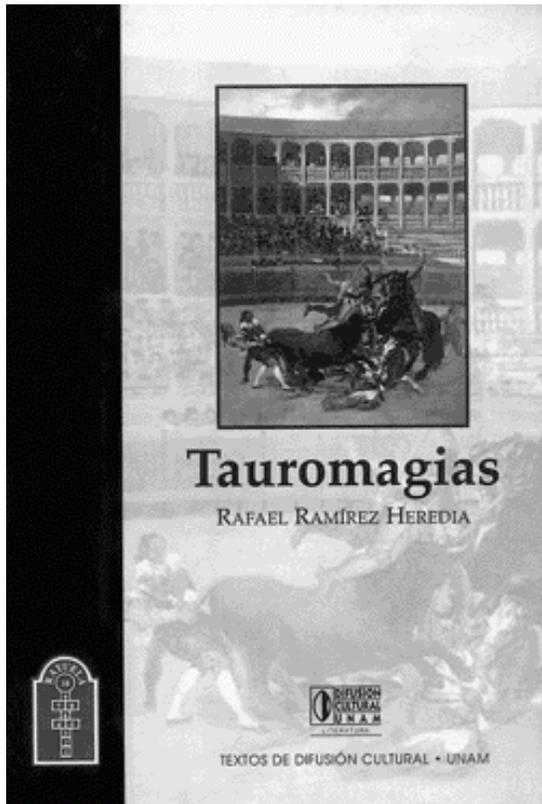
La Mara o *La esquina de los ojos rojos*, cada vez con una prosa de mayor intensidad y desgarramiento lúdico para mirar con ojo crítico las injusticias de la sociedad mexicana y los anhelos de los desclasados sin caer en el error de trazar una línea fronteriza que separara el bien del mal porque la labor de un escritor es mostrar, y de la mejor manera posible, el acontecer de la vida.

LA CUALIDAD ESENCIAL DE UN BUEN ESCRITOR

Ramírez Heredia con generosidad se apuntaba para la presentación de los libros de sus amigos o de sus futuros amigos o de quien se lo pidiera, y como a mí me tocó la suerte de estar con él en la presentación de algún libro de cuentos de Marco Aurelio Carballo y de una novela de Eugenio Aguirre y de los cuentos de Hernán Lara Za-



² *El hombre equivocado* de Vicente Leñero, Guillermo Samperio, Gerardo de la Torre, Bernardo Ruiz, David Martín del Campo, Marco Aurelio Carballo, Joaquín-Armando Chacón, Silvia Molina, Hernán Lara Zavala, Aline Pettersson y Rafael Ramírez Heredia, editorial Joaquín Mortiz, Nueva Narrativa Hispánica, México, 1988.



vala, su compadre legal y oficial, y de otros escritores que sería largo enumerar, y como también me permitió presentarle el libro de sus crónicas sobre *En un lugar de la mancha... urbana: Iztacalco*, por esa razón terminamos siendo “compadres de relatos”.

Rafael Ramírez Heredia, el Rayo Macoy, el gitano, el torero, el compadre, el que sabía cantar las rancheras y los boleros, el de la mirada pícara, el de andar garboso y la sonrisa abierta y franca siguió comiéndose los kilómetros de las carreteras para ir a todos los lugares posibles, como maestro en los talleres de literatura para ofrecerles a los alumnos su experiencia y el apoyo de su mano abierta y siguió atacando con furia las teclas de la Olivetti todas las mañanas para seguir haciéndole la faena a su toro negro y conquistando lectores y aplausos, y siguió inventándose también su propia vida, ésa que inició cuando se olvidó de contar cuentas para ponerse a contar cuentos, y su fama y leyenda siguió creciendo y bifurcándose aquí y en otras partes.

Y aquí, ahora, yo vuelvo hacia aquella animosa charla en ese bar que ya no existe, donde entre ron y camaradería y ron hablamos de la teoría literaria del *iceberg* de Hemingway, donde en una buena narración lo que vemos está sostenido por una parte mayor que está oculta y recordamos aquella sentencia de Hemingway que decía que “la cualidad más esencial para un buen escritor es la de poseer un detector de mierda, innato y a prueba de golpes. Ése es el radar del escritor y todos los grandes escritores lo han poseído”, y comentamos lo terrible que era el que la leyenda de Papá Hemingway se hubiera sobrepuesto muchas veces al poder estilístico de su prosa.

El miércoles 25 de octubre de 2006, aproximándose hacia las cinco en sombra de la tarde, el escritor Rafael Ramírez Heredia puso el punto final en la Olivetti para partir montado en su toro negro al Paraíso de los gitanos. Ramírez Heredia poseía ese radar del escritor de casta, tenía esa cualidad de los grandes escritores. ▮

Ramírez Heredia siempre se llamó a sí mismo “un escribidor”, y lo decía con sincera humildad.